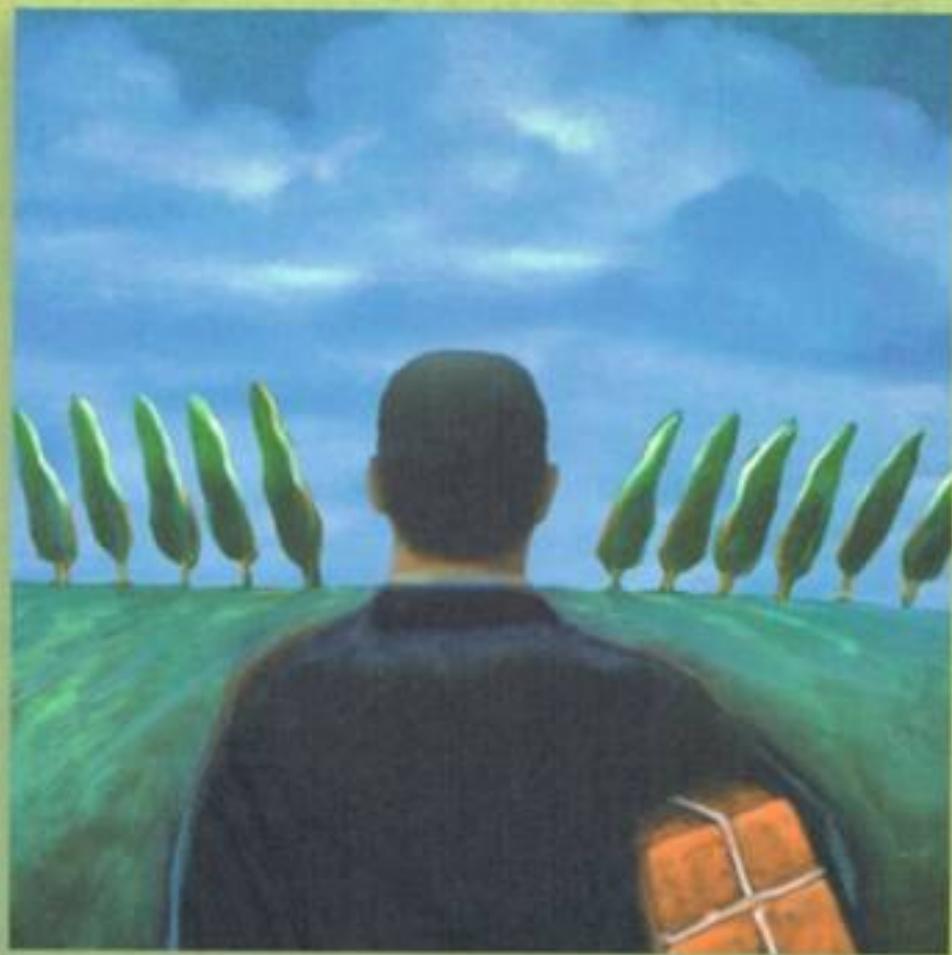


Juan Pedro Aparicio



El viajero de Leicester

En el tren de Londres a Leicester un ciudadano español cuenta su historia a un compatriota, ocasional compañero de viaje. Él jamás volverá a España. En su primera noche de amor verdadero ha perdido a la mujer de su vida a manos de unos niños que la han matado o la han secuestrado; criaturas dueñas de la noche que, imposibilitadas de hacerse mayores, odian a los adultos, a los que persiguen y asesinan al tiempo que tan torpemente imitan. Unos y otros, mayores y niños, se hallan, sin embargo, condenados a no morir del todo, o a vagar sin muerte, mientras alguien, en el otro lado, guarde memoria de ellos. Todo es inquietante en esta espléndida novela, desde la atmósfera, onírica y desasosegante, hasta el tratamiento del amor, sobre cuya imposibilidad crece el relato en páginas que se inscriben en la mejor tradición literaria de lo turbador, la simetría misteriosa y el laberinto. Con esta reedición de *El viajero de Leicester* invitamos al lector a conocer una de las creaciones más originales y representativas de la obra de Juan Pedro Aparicio.

Sin dos soles, el uno vivo y el otro muerto, no
habría creación

Emanuel Swedenborg

IBA DE LONDRES A LEICESTER en tren. Me había subido en la estación de St. Pancras y miraba a los viajeros con una curiosidad empapada de rutina, anticipo de lo que prometía ser un viaje tranquilo en el que pasaría la mitad del tiempo adormilado.

Muy lejos todavía de la hora de regreso de los *commuters* —literalmente permutadores, quienes desde fuera de la ciudad van y vienen a diario de casa al trabajo y del trabajo a casa— no había ejecutivos de la City ni secretarías, ni *clerks*, palabra que vale tanto para designar al eclesiástico como al empleado administrativo.

Quedaban apenas doce minutos para las diez, la hora de salida, y el vagón no parecía que fuera a llenarse, cuando vi cómo un grupo de jóvenes caminaba por el andén. Yo estaba sentado mirando en la dirección de la máquina y ellos, que habían rebasado la ventanilla a través de la que les veía, avanzaban hacia la puerta delantera de mi mismo coche. Después de alguna vacilación y algunas voces —ignoro si se despedían, discutían o se animaban—, subieron. Podían formar parte de una excursión o ser el equipo deportivo de un colegio o de una universidad, muchos eran negros y todos vestían una chaqueta de un verde fosforescente con un escudo rojo en el bolsillo delantero. Lo cierto es que aquello no era mi idea de un trayecto no ya gozoso, sino acaso medianamente tranquilo, así que, antes de que el tren arrancara, tomé mi equipaje, un maletín de los llamados de cabina de avión, y me cambié de coche.

De lo que llamamos viaje, esa visita de días o de horas a otro lugar, lo que siempre me ha gustado más es el desplazamiento, el hecho físico de ir, o mejor, de ser llevado. El

tableteo monocorde del ferrocarril suele sumirme en un estado de letargo muy estimulante para la imaginación. Jamás evito, cuando la opción existe, un viaje en tren. Sentado, si es posible, al lado de la ventanilla, y en el sentido de la marcha, el ronroneo metálico de los raíles hurga en el hondón de mis pensamientos que se liberan y deambulan por espacios de misterio y ensoñación que de otro modo resultarían del todo inaccesibles. Son momentos que, ya desde niño, hubiera deseado sin final.

Recorrí, pues, varios coches hasta encontrar dos asientos libres y me senté al lado de la ventanilla en el sentido de la marcha. Había muy escasos viajeros, algunas mujeres y algunos hombres, cada uno por su lado, casi todos ocupando un asiento con el contiguo vacío. Las bombillas del coche, no obstante hallarse todas encendidas, contrastaban con la más fuerte luminosidad del exterior —era una mañana de primavera— y creaban una atmósfera sin brillos que recordaba esa estudiada y falsa penumbra que se logra en las iglesias. El ambiente ideal para entregarse a un viaje.

El tren iba a arrancar ya, cuando un último viajero se aproximó a grandes zancadas por el andén. Iba ataviado con la indumentaria casi de precepto en la City, camisa a rayas, traje oscuro también a rayas y el consabido paraguas en su mano derecha. Lo vi subir y lo vi entrar en el coche. Lo vi —bien es verdad que lo miraba como sin mirarlo— caminar por el pasillo, indiferente a la mayoría de asientos vacíos, hasta que se detuvo a mi lado. No me saludó, no es costumbre en los trenes británicos, pero me miró y su mirada fue todo un saludo. Tenía los ojos claros y la piel muy blanca. Solo le faltaba el bombín, lo que, por otra parte, ya casi nadie lleva, para identificarse como un ejecutivo de Liverpool Street. Alzó el paraguas y un voluminoso paquete de Hamleys —la famosa tienda de juguetes de Regent's Street que es el paraíso de los niños—, y los dejó sobre la red del portaequipajes; luego se sentó a mi lado.

Confieso que se me escapó un suspiro, lo que acaso provocó que mi recién estrenado vecino me mirase durante al menos un instante con cierto descaro. Y no bien hubo arrancado el tren, que lo hizo nada más sentarse él, se dirigió a mí en inglés, preguntándome mi nacionalidad. Sin duda había adivinado mi condición de forastero, algo poco frecuente salvo que se me oiga hablar. Mi sorpresa fue mayúscula cuando a su vez se declaró compatriota mío o sea español. Y ya en español quiso saber donde vivía yo. Le dije que en Madrid. Quiso saber entonces dónde había nacido. Se lo dije también, sin preguntarle nada a cambio.

No voy a decir que no me interesara el personaje, tan aparentemente inglés y, sin embargo, español. Pero, como el lector sin duda ya habrá notado, son muy pocas las cosas que cambio por las delicias de un viaje solitario. Además tanta curiosidad, a despecho de la confianza a que invitaba el reconocimiento mutuo como compatriotas, llegó a parecerme casi atrevimiento. No hubo, sin embargo, lugar para otra cosa que no fueran sus explicaciones, jamás por mí pedidas. Me dijo que tenía motivos muy poderosos para evitar a cierto tipo de gente, de gente española precisamente, no por un racismo peculiar, impensable en su caso, sino por el terror que en él había dejado una historia no demasiado lejana en el tiempo y que no era capaz de olvidar a pesar de sus muchos esfuerzos.

—Por si no lo sabe le diré que el pensamiento no es otra cosa que carne —me dijo, pellizcándose la piel del dorso de su mano izquierda que se estiró entre la pinza de sus dedos como un pedazo de chicle—, carne como esta.

—Yo nunca volveré a España —añadió.

Y tampoco fue cosa mía que se animara a contarme los pormenores de aquella historia que tanto decía que le atormentaba; aunque, desde que me anunció que quería olvidarla, solo hizo que buscar el modo de empezar a contármela. Dijo, por ejemplo, mientras el tren, lejos ya de la gran ciudad, dejaba atrás un pequeño cementerio con sus lápi-

das blancas recogidas en torno a la Iglesia como un rebaño de ovejas rodeando a su pastor:

—En España los muertos no están en el cementerio.

La hermosa campiña inglesa, modulada por la suave onda de sus colinas, semejaba una mar esmeralda en la mañana tranquila. El tren la surcaba como el barco navega a lomos de la más serena pulsión del océano. El general sosiego pareció llegar también a mi vecino que comentó a la manera de una reflexión en voz alta:

—Yo no era más que un funcionario de provincias con responsabilidades sobre higiene de los alimentos. No voy a decir un modesto funcionario porque tenía a mi cargo toda una delegación. Pero, aunque vivía sin grandes ambiciones, tenía un buen coche y un bonito apartamento en el centro. Sin embargo, estaba solo y no era feliz.

Atravesamos un puente de hierro sobre un río y el súbito estrépito metálico sonó en el interior del coche como una descarga de fusilería. El sol se ocultó tras una nube y la luz se hizo gris y como de agua. Entonces añadió:

—Así era el cielo la noche aquella.

Y, como no era de noche sino media mañana, me vi obligado a pedirle aclaraciones.

Sus comentarios no eran sino excusas para empezar a contarme lo que me quería contar y que duró todo lo que duró el resto del viaje a Leicester.

Esto que sigue es lo que oí de sus labios.

HABÍA TOMADO WHISKY con unos amigos y, tengo que confesarlo, me había metido una raya, habíamos cantado y habíamos tenido lo que se llama una noche loca que había culminado en los brazos de piedra del dios de las aguas: yo me había caído de bruces sobre la fuente, y, con la nariz y la boca hundidas en el agua, me ahogaba.

Era como asomarse a otra vida con la forma de un universo oscuro que crecía bajo el agua y que no era muy distinto del que podía verse en las noches más brillantes, cuando salíamos a las afueras y la Vía Láctea colgada de lo oscuro transmitía el vértigo helador de la eternidad.

Puede que entonces comenzara ya a verme a mi mismo bajo el agua, a pesar de que todo mi cuerpo, cara, ojos, manos, se aplastaba contra el fondo del estanque; porque recuerdo haber visto mis cabellos levantados, así como también el brazo y el tridente de la estatua de piedra de Neptuno y, más arriba todavía, los fuertes resplandores de las vidrieras de la catedral, cuyo rosetón central se confundía con el cielo nocturno como un gran caleidoscopio que se extendía por el agua.

Y no es que me diera igual mi suerte, sino que todavía no había empezado a hacer esa rememoración final que dicen que acompaña a los que se encuentran en trance semejante. Me parecía notar, por el contrario, que estaba en la culminación de algo y lo sentía como lo mejor del día, o de la noche, una culminación gozosa que se me ofrecía en forma de imágenes enormemente seductoras, como si se me estuviera haciendo partícipe de un misterio de belleza hasta entonces nunca revelado.

Mis sentidos me parecían más abiertos y receptivos que nunca: veía mi propia cara con todo detalle, hasta el punto de localizarme una espinilla en la frente, como si me mirara a un espejo muy próximo, me veía también la barba incipiente, puesto que me había afeitado al inicio de la jornada, antes de salir de casa, y en ese momento debían de ser ya más de las dos de la madrugada. De espaldas, sin embargo, pues por extraño que pueda parecer también me veía por detrás, presentaba un aspecto bastante menos alterado, incluso mis cabellos —que, vistos desde abajo y de frente no podían ocultar que se hallaban alborotados por efecto del agua— parecían bien asentados y, como siempre que se mira a alguien desde esa posición, sentí una especial ternura hacia mí mismo, me vi con una indulgencia con la que jamás había sido capaz de contemplarme, me pareció en fin que aquel hombre a punto de ahogarse no era más que un pobre hombre necesitado de comprensión, más que de ayuda, y tanto más me lo pareció cuanto que reparé en que tenía los pantalones empapados y que la camisa se me había pegado al cuerpo y me transparentaba el vello de la espalda.

—¡Qué demonios —me dije entonces—, tengo que volver!

Porque, no se lo he dicho todavía, estaba bajo la fuerte impresión de que me esperaban en casa o en la oficina, no lo sé, acaso en el Café o en el Parque. Así que tenía que volver, pero no podía moverme y sentí la angustia del que se moría; de un modo peculiar, no como la falta de aire en los pulmones, sino como una suma de fracasos y frustraciones que se concretaba en una dolorosa carencia de afecto; o sea que, aún en tamaña situación, dominada por completo por una circunstancia física, mi asfixia pertenecía todavía a un estado del alma. Y llegué a pensar que, si de verdad me estaba muriendo, acaso me estaba muriendo sin espíritu, puesto que el mío habría sido desalojado de mi cuerpo durante años por el mero reflejo del de otra persona con

cuyo cuerpo había deseado fundirme para recuperarlo. Así, habría llevado mi cuerpo a otros cuerpos, en curiosa peregrinación, sin que nunca hubiera podido recuperar ni una mínima porción de mi espíritu. Y ahora, claro, ya no habría tiempo. Porque si ahora venía allí y volvía a mi lado —hablo de mi verdadero espíritu— seguramente era para morir conmigo y para terminar. Por eso me asfixiaba.

Y el caso es que yo tenía que volver, así que intenté moverme, revolverme sobre mi mismo, sin que un solo músculo me obedeciera, ni los brazos, atrapados bajo el peso de mi cuerpo, ni las piernas, la derecha doblada, con el pie debajo de la izquierda. Logré, sin embargo, abrir los ojos. Comprobé, sí, que estaba bajo el agua y mi angustia se hizo física. Necesitaba salir de aquel estanque, darme la vuelta, llenarme los pulmones de aire, respirar.

Me acuciaba una lucidez elemental, no podía levantar la cara ni hacer fuerza, como si el agua fuera el ámbito en el que se desarrollaba una pesadilla y solo desde el exterior, desde el otro lado de los sueños o del agua, pudieran ayudarme a darme la vuelta y a volver, justo a la inversa de esos insectos que se han quedado sobre el suelo patas arriba. Tuve miedo.

Entonces sentí el contacto de unos brazos, que me parecieron femeninos desde el principio, y los fuegos artificiales, que parecían haberse congelado sobre mi cabeza, volvieron a ser luz de vidriera. Alguien, una mujer, una chica, me prestaba la fuerza necesaria para salir del agua. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Era pleno verano pero tiritaba.

Me fui con ella, claro, con la chica que me había ayudado, y no para evitar que otros se le acercaran y trataran de ligarla —¡era tan guapa!—, sino porque ella tenía una prisa extraña, que, aunque ya no pertenecía al ámbito de la pesadilla, parecía no haberse liberado del todo de ese mundo ilógico de los sueños. Y así la vi todavía durante algún tiempo, a jirones, lo que quizá sirvió para configurar en mí una idea sobre lo que ocurrió después, como si aquellas luces

desprendidas de los vitrales, mientras permanecía bajo el agua, a modo de fuegos de artificio, hubiesen conformado su silueta, incluso hasta más allá del momento en que mi percepción recobró el ser natural de las cosas y ella pasó a ser una persona de carne y hueso.

—¡Venga, sal de ahí —me dijo—, que te ahogas!

Se llamaba Cristina y vestía una falda gris con una abertura en el frente por la que siempre asomaba alguna de sus piernas largas y firmes, con medias, lo que no olvidaría nunca, porque yo mismo se las quité más tarde. Algo que, sin saber por qué, no me extrañó enseguida, puesto que era pleno verano, quizá el día veintitrés de junio, precisamente la noche de San Juan, la más corta del año; llevaba también una chaqueta con solapas de las que imitan a las americanas masculinas, con el talle muy marcado y una sola abertura por detrás. Fue lo único que ella se quitó por sí misma, el chaleco de punto y la camisa crema también se los quité yo, o le ayudé a quitárselos; demasiada ropa, en cualquier caso, para ser verano, la noche de San Juan.

—¿De dónde has salido tú? —le pregunté.

No me contestó, sino que me dio la mano. Pero debo decir que desde que la vi, aun de tan asombrosa manera, como partículas dispersas que al traspasar los vitrales se hubieran juntado a mi lado para tomar su forma, no solo me pareció que la conocía, sino que era el único ser capaz de devolverme lo que había perdido. Y había que vernos: a mí, calado hasta los huesos, con el pelo sobre la frente, todavía aturdido, incapaz casi de mantenerme en pie, mirándola arrobado, y a ella, atlética y extraña, vestida de invierno o de entretiempo en pleno verano, dándome la mano, levantándome por los brazos, ayudándome. Tenía los ojos oscuros, la melena lisa con flequillo y los dientes algo saltones, que daban más gracia a sus labios hermosos. Me llamó por mi nombre, Vidal, y se rio de mí, de que los cabellos mojados se me hubieran partido en dos dejando una raya en medio.

—A ver si te peinas —me dijo sonriente—. Esa raya al medio no te favorece nada.

Con las mujeres siempre había sido como el torero cobarde obligado a aplaudir la lidia de otros desde la barrera, así que me quedé callado, porque aquella verónica que me secaba el rostro con su pañuelo blanco que había sacado del bolsillo alto de su chaqueta y que llevaba como un adorno de tres puntas, me hacía temblar con su hermosura —mis dientes seguían castañeteando—, y temía que las rodillas me fallaran si decía algo de lo que luego pudiera arrepentirme.

El momento era difícil. Cuando los ojos de ella se posaban en los míos, me estremecía. Quizá por eso ella llevaba su mirada aquí y allá, la repartía por la plaza y la catedral, los bancos de cemento, los jardines, las personas —había allí de repente muchos niños—, acaso conocedora de que si la hubiera fijado todo el tiempo en mí no hubiera podido continuar hablando con ella.

—Quiero seguir la noche, me dijo.

¡La noche, seguir la noche! Esa no era mi especialidad. Me acerqué más a ella, fuera ya del estanque. La plaza aparecía bañada en una claridad de mármol, ni el agua ni los árboles se movían, era una noche sigilosa y quieta como de una realidad sumergida y pesada.

El amor, o por lo menos el amor súbito, tenía que ser así, como se me estaba presentando ahora. Y yo mismo me extrañé, porque cuando la tomé de la mano pareció como si las torturadoras amarras que retenían los pulmones de la noche se soltaran, liberando de súbito una brisa que paradójicamente sembró de fuego algunos contenedores, como si a alguien le hubiera dado por quemar basuras. Pero no fui capaz de prestar mucha atención a aquella lumbre. Cierto que no había olor a quemado, sino una fragancia fuerte de estío frondoso a pesar de los rastros y las basuras en llamas que aparentaban señalar el camino que iba-

mos a tomar. Me pareció que la había querido siempre y quise decírselo. Solo acerté a exclamar:

—¡Voy contigo!

Cristina se me figuraba inventada por mí mismo, a través de los sueños, anhelos y pasiones que me habían acompañado durante toda mi vida, como una perfección labrada en el taller del inconsciente que venía a taponar los huecos y a aliviar las heridas de mis frustraciones. Y el efecto era tan extraordinario que para mayor paradoja me parecía normal y hasta cotidiano, como si ella fuera una parte orgánica de mi mismo, mis brazos y mis piernas, mi pecho, una parte que, colmándome y completándome, siempre me había eludido.

—Quiero la noche —me dijo ella—. Quiero vivir la noche.

NOTÉ ENTONCES UN cambio en la atmósfera que trastornaba mi percepción, no algo súbito, sino la constancia visual de una realidad que me precedía, oscura y antiquísima, y que me era dado descubrir ahora como una naturaleza renovada en la que el milagro cotidiano de la vista se me hacía ostensible a través de cuanto me rodeaba —las calles espejeantes por el agua de riego, los bancos de piedra de la plaza, las farolas con su nimbo de luz, las casas con todos los portales cerrados—, como la insondable prolongación de una verdad enterrada, de modo que, aunque llegaba a distinguir los colores, porque sabía que estaban allí, no podía verlos sino como un reflejo de la opacidad del abismo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Cristina, al verme vacilar.

Yo quería disimular mi aturdimiento y todavía hacía esfuerzos por tenerme en pie. No quería perderla ahora que la había encontrado y temía estar causándole una mala impresión.

—Tranquilo —me dijo ella como si adivinara mis pensamientos—. Yo también necesito una raya. —¿Te vienes conmigo?

Claro que quería ir con ella, ya lo he dicho. Ninguna otra cosa deseaba más en esos momentos, habiéndome olvidado ya de que tenía que volver a donde fuera que tuviera que volver. Pero me palpaba el cuerpo, confundido, desconfiando de mi capacidad para caminar, incluso para tenerme en pie. Por primera vez sonreí.

—Así me gusta. Venga, tonto. Vámonos. Que quiero que me echés un polvo. Pero antes péinate bien.

Es así como hablan los jóvenes de hoy. Vulgaridades que aspiran a colmatarse de una extraña poesía cuanto más crudas se presentan. Pero juro que si en ese momento se hubieran podido recoger y mezclar en un almirez las partículas desprendidas de todos mis anhelos a lo largo de los miles de mis días y de mis noches, aquella joven hubiera brotado de la suma de ellas como la princesa de un cuento de hadas. No podía creérmelo. Y solo empecé a creérmelo, con esa inequívoca conciencia de la vigilia que procura el dolor, cuando un niño de no más de doce años, que se me había acercado aullando como un indio de película, me dio una patada en los testículos.

El niño, uno de los que correteaba y gritaba por la plaza, llevaba unas plumas de jefe indio en la cabeza y se tapaba y destapaba la boca con la palma de la mano para modular sus gritos. El niño amenazó a Cristina, mientras yo me retorcí de dolor sobre un banco de piedra con las manos en las ingles.

—Lo voy a matar —dijo—. Pero antes le voy a cortar los huevos y le voy a obligar a comérselos delante de ti.

Esto sí que ya no me extrañó, a pesar de la amenaza que contenía. El deterioro del lenguaje ha llegado hasta los parvularios o mejor dicho empieza en los parvularios. Pensé, doblado sobre mi mismo, que aquel niño era hermano de Cristina y que por oscuras razones se creía en la obligación de protegerla de tan singular manera. Altivo y guapo, extraño líder de pandilla, hablaba con seguridad y contundencia, un niño bien, rubio y pálido, no muy fuerte físicamente, pero dotado de energía moral y capacidad de mando.

—Chaval me has hecho polvo —le dije, con un toque de forzada camaradería, queriendo congraciarme con él por tratarse, según creía, del hermano de Cristina.

—Vámonos —dijo ella—, resolutiva y enérgica, con las mejillas de pronto enrojecidas, como si la patada en mis testículos hubiera sido una grave ofensa moral contra ella.